

FUERA DE LÍMITES

LA LENGUA DE LAS LOCAS

**LA LENGUA DE
LAS LOCAS**

Mariano López Seoane

UNTREF /New York University

Profesor e investigador en NYU y en UNTREF en Buenos Aires, en donde da cursos de historia cultural de América Latina y de estudios y teoría queer. Es además crítico, escritor y curador. Ha publicado ensayos sobre arte contemporáneo, literatura, cine, teatro y políticas culturales, y ha editado el volumen colectivo Los mil pequeños sexos. Desde 2020 es director de la Maestría en Estudios y Políticas de Género de UNTREF. En 2017 publicó su primera novela, El regalo de Virgo, editada por Mansalva.

Contacto: mlseoane@untref.edu.ar

Cecilia Palmeiro

Ni Una Menos / Universidad Nacional de Tres de Febrero – NYU B.A

Doctora en Literatura Latinoamericana por Princeton University. Magister en Estudios Latinoamericanos por Princeton University. Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Dicta clases en la Maestría de Estudios de Género (UNTREF) y en New York University en Buenos Aires.

Contacto: ceciliapalmeiro@hotmail.com

“Atrevida, loca” “Loca patológica”

Estos enunciados forman parte de una sociabilidad menor, más o menos subterránea. Se intercambian como insultos jocosos entre amigas, amantes, colegas. Amigas, amantes y colegas que reconocen la agresión como parte de la amistad y la camaradería, y que no se esfuerzan por ocultarla. Que abrazan el amor en toda su complejidad, con sus matices. Ancladas en el margen, resistentes, al nombrarse por medio de la injuria renuevan su compromiso con lo menor. Un compromiso que no se ejerce en la pureza de una lengua propia sino en la apropiación y la corrupción de la ajena.

Aun de la lengua que reina en el centro: los epítetos que offician de epígrafe, y que se intercambian en chats, mails y mensajes de texto más o menos subterráneos han sido rubricados por Moria. Estrella de la tv, capataza de los medios masivos, filósofa autoconvocada, Moria Casán es también una de las más expertas cultoras y propulsoras de la lengua de las locas. La idea incomodará a quienes quisieran preservar a la loca como una figura estable en un panteón de la disidencia o la subversión. Pero ése es justamente el poder de esta colocación, de este posicionamiento, de esta técnica: sobreviene intempestivamente en la cima y en la base, en el centro y en las orillas, a derecha y a izquierda. La loca es una protuberancia móvil, incapturable, siempre incómoda, que viene a conmovier los regímenes de autoridad que conocemos y los discursos que estos regímenes profieren para tranquilizarse y reproducirse. Claro que como vibración no opera en el vacío, y su insistencia en una cultura –digamos hoy: la nuestra- produce efectos más o menos repetidos; y enervaciones más o menos esperables, reconocibles.

Locas desafiantes, atrevidas locas, locas de atar, locas sueltas, locas lindas, locas de amor, locas furibundas, locas catastróficas, locas hiperbólicas, locas patológicas, locas barrocas, locas revolucionarias, locas malas: el catálogo es infinito y dispara hacia todos lados meando fuera del tarro de la normalidad, del justo medio, de la tibieza, la corrección política y los buenos modales; es decir, del patriarcado. Se sabe que “la moral y las buenas costumbres”, el decoro, el sentido

común, y demás fantasías regulatorias no hacen sino apuntalar la razón patriarcal. Y si puede decirse de la loca que *es* algo, entonces es ante todo una insistencia anti-patriarcal. Una insistencia desbordada, filosa, desatada. Peligrosa.

Loca hombre, loca mujer, loca travesti, incluso el dragking, queriendo ser un loco, va a parar al calabozo de la loca. Pero a la loca le cuesta *ser*. Es muchas cosas y no es nada. Su insistencia desborda la noción de identidad. También: se detiene antes de la asignación de identidad. En cierta jerga se diría: es una categoría pre- o pos- identitaria. En otra: la loca es el *under* de la subjetividad, su sótano, su fantasma, su lado B. O su lado Z (“mi amiga Zeta”). La insistencia loca es una protuberancia y un destino trágico: no se elige ser loca, se deviene, de acuerdo con un proceso alineado y desalineado con el deseo y sus objetos oscuros. Y su insistencia en una cultura –digamos hoy: la nuestra – adviene como un acontecimiento histórico. Cada presente tiene su loca.

Dice Javier Arroyuelo: en su primera encarnación en la cultura argentina, la loca se deja oír en el tango. Ahí la loca es la puta; es decir, la mujer que decide sobre su cuerpo, que ejerce la libertad de acostarse con cualquiera. La loca es la mujer que se toma el atrevimiento. Nuestra loca recibe su bautismo en el choque contra la moral reinante en el universo del tango. *Loca* es en el origen, en ese, nuestro origen, una categoría moral, un principio de disciplinamiento del cuerpo de las mujeres.

Pero la injuria no tarda en extenderse. En cuestión de décadas aparece, en alianza aberrante con la puta, la figura pública del puto, del cual la Jamandreu será abanderada con su texto *La cabeza contra el suelo*. En su versión cómica, o trágica, o extrema, o radical, el puto deviene loca. La injuria capta ahora un proceso del devenir mujer molecular: no nombra un hacerse mujer, sino lo que puede una mujer en el sentido de la transgresión.

Con los años la loca se sitúa a la vanguardia de los primeros intentos de politizar el placer. Ya el Frente de Liberación Homosexual teoriza sobre la política de la loca en tanto marica no asimilada, que fracasa en la performance de género que le han marcado desde chiquita, desafiante pero deseosa de los machos de la familia y el Estado. La memoria de las locas hace la crónica: arrastrado a la comisaría, la loca de Perlongher aprovechaba para yirarse a los canas.

En el principio, y en principio, *loca* es un insulto. Como quería la Borges, loca venerable, este insulto es el fin de todo argumento, de toda discusión, impuesto con todo el peso de la razón falologocéntrica. Si en su rutilante aparición quiere funcionar como encasillamiento y como cárcel, esa cárcel no tarda en mudar en bulo, y desde allí, desde ese espacio reapropiado críticamente para el placer y la fiesta, la loca goza, cuestiona e increpa. Definido por un dispositivo en el que convergen la psiquiatrización y la criminalización de la disidencia sexual y de género, el reino de la loca se transforma así en plataforma de las búsquedas más radicales de libertad y los reclamos más estridentes por la igualdad.

Esa protuberancia que es la loca, con su lengua, con su reino, fija un horizonte para feministas y trolol. Sólo como locas pueden maricones y mujeres suscribir su pacto de sangre, celebrar las nupcias que darán nacimiento a esta célula revolucionaria en combate alocado contra el machismo. Nuestra cultura nos ha dado una lección fundamental: la loca no tiene género, aunque sugiere aquello que de mujer molecular hay en todos. Por eso la loca se nombra en femenino. Y por eso la lengua de las locas abusa de lo femenino. Dice Marta Dillon: debemos hablar en femenino travesti. Esto no es mero rasgo de estilo. O mejor: el estilo no es nunca algo menor, anecdótico. En nuestra cultura ocupar una lengua sexista en cuanto minoría ha tenido consecuencias legales en términos de extensión de la ciudadanía. Tenemos un ejemplo dorado en la Ley de Identidad de Género.

Si la loca es una protuberancia, una insistencia, un posicionamiento (el de ser siempre menor, border, pasada), es también una política de la lengua y una *técnica*. En tanto estilo, la loca es un efecto. Dice Fernanda Laguna: la loca es efecto de una técnica. Una técnica literaria, una técnica artística, una política de enunciación. Las locas tienen sus géneros: el drama, el melodrama, la tragedia, la picaresca, el grotesco, pero también el chisme, la maledicencia. Pero también tienen sus tonos: el grito, el gemido, el susurro, la exclamación. Y sus estratagemas retóricas: la hipérbole, el oxímoron, la catacrexis, la cita, el plagio. Y por medio de esas técnicas, haciendo operar y trabajar esas técnicas, se puede crear una obra pero también un estilo de vida. La loca cumple así el viejo sueño de las vanguardias: en su deriva se fusionan arte y vida. En la loca, la libertad en su sentido soberano (como querría una loca fina, Bataille) y el debilitamiento de la razón utilitaria (abatida por el principio estético) corroen el andamiaje sofocante de la normalidad.

La loca ocupa su lugar de enunciación como quien ocupa una trinchera: su lengua es una lengua en estado de emergencia, una lengua de combate, de guerra. Así, para la loca lo cotidiano es aventura. Porque la loca es pura intensidad, la loca ha sido siempre desmedida, desacatada.

O al menos ha tratado. Nuestra cultura ha aprendido a domesticar algunas de estas enervaciones. Hay locas inasimilables, pero hay locas que han encontrado un lugarcito en la corte de los milagros. La mujer loca es la que hace de su culo un pito: coje, aborta, se enfiesta. Es difícil amansarla, empaquetarla, venderla. Y si bien el varón loca, que lleva el afeminamiento al paroxismo, tiende a ser excluido de un mundo gay cada vez más hiper-reglamentado, masculinizado y careta, no es menos notorio que en ciertos contextos, en ciertas escenas, puede ser ridiculizado y transformado en un personaje legible para la cultura de masas. Jorge Luz, Antonio Gasalla, Enrique Pinti son ejemplos de la captación de tal figura como estilo subjetivo. La loca marica, demodé pero graciosa, ha sido asimilada. O como mínimo: puede ser asimilada bajo ciertos protocolos. La mujer loca, la puta, la desviada, en cambio, es trágica e irrecuperable. Sigue resultando impresentable en un país donde una mujer puede ser presidenta pero no puede decidir sobre el destino de su cuerpo. Las feministas encarnan ese rol a la perfección: a la mujer que reclama se la tilda de loca (como las locas de la Plaza de Mayo) y con eso su discurso es privado de razón.

Por eso mismo, estas locas encuentran su lugar en la política (además de en su cuerpo). Las mujeres que irrumpen en el ámbito público son locas por desubicadas: en ese espacio patriarcal y paternalista, tanto las que triunfan (Evita, Cristina) como las que fracasan (Carrió) son confinadas a la misma jaula de las locas. El mismo argumento se dispara desde las distintas trincheras del sentido común. La puta y la profesional en tanto *mujeres públicas* son *locas*: ambas se toman atribuciones de machos.

Por todo esto, la política de la loca, enunciada como grito de guerra por el Frente de Liberación Homosexual, debería auspiciar una alianza entre feministas, tortas y maricas. Todas locas. Sin embargo, la compartimentalización de las identidades, el dominio del principio de identidad, ha logrado momificar el movimiento: hoy en día es muy rara la solidaridad entre locas varones y locas mujeres. El movimiento LGBTI y su miríada de organizaciones e instituciones rara

vez se pronuncia en relación con problemas específicos de las mujeres y cuerpos portadores de úteros (los varones trans también pueden embarazarse de manera no deseada, por ejemplo). Las Marchas del Orgullo han dejado de lado a sus principales aliadas en la lucha contra el patriarcado como régimen político: ¿veremos alguna vez una Marcha del Orgullo solidaria con las luchas por la emancipación femenina, erizada contra el femicidio, contra toda forma de violencia de género, y a favor de la despenalización del aborto?

